

## ¿Estamos en el apocalipsis capitalista?

En este complejo mundo de hoy, la medicina participa de todos los aspectos negativos que suponen nuestra civilización industrial. Ha perdido por completo su carácter científico, para convertirse en una técnica más al servicio de la industria.

Ello hace que sea imposible un debate sereno sobre cuestiones de vital importancia, llegándose incluso a perseguir a aquellos que disienten de la posición «oficial». La ciencia —y consecuentemente también la medicina— se ha transformado en una nueva religión.

Después de que los cineastas nos hayan ofrecido tantas formas de apocalipsis, deberíamos habernos acostumbrado a ello. Sin embargo, parece que nos ha cogido a todos desprevenidos, entre otras causas porque ni en sueños podríamos imaginar que todos íbamos a ser protagonistas de la próxima película, pero en esta ocasión en tiempo real.

Personalmente siempre he lamentado que no se hubiera traducido a ningún idioma de este país el libro de Michel Bounan, *Les temps du Sida*; aunque el autor se refiere al Sida, sus análisis de esta enfermedad pueden aplicarse perfectamente a la pandemia actual.

En realidad no es el Virus el que acaba con la vida del individuo, sino la morbilidad del entorno y la suya particular: «La medicina canónica que domina los concilios, las academias, los institutos, las universidades, reconoce el rol y la importancia de los terrenos mórbidos. Pero los ignora en su práctica terapéutica. Únicamente el «agresor microbiano» es el objeto de su estrategia, y para ello dispone de un armamento antimicrobiano modernizado constantemente (...) y los medios nos informan del excelente estado de las tropas y de la intendencia (...) Se habla de una guerra muy larga, de derrotas múltiples durante varios años. En realidad, nadie conoce la salida» (Bounan, 17).

Ya en las postrimerías del siglo XIX, la ciencia había perdido los últimos restos de independencia que aún conservaba y se había puesto decididamente al servicio del nuevo orden económico nacido en occidente.

«La descomposición del espíritu científico, hoy en día acabada, comenzó cuando su poder de separación convertido en operacional posibilitó, cuando los medios de investigación y de acción dejaron bien atrás a los medios de representación y de comprensión, la destrucción del mundo sin comprenderlo; y desde entonces, la arruinada totalidad lleva una

existencia fantasmagórica en las especulaciones cosmogónicas arbitrarias de los físicos, que ya no son sino pobres metafísicos, como esos adoradores de los cuantos que gravemente se preguntan: “¿Existe la realidad?” Llevar a las proporciones del entendimiento humano los medios técnicos cuya desmesura escapaba a nuestras facultades de representación y de comprensión no era, desde luego, una tarea “científica” —más bien social y revolucionaria—, pero solamente su realización hubiera podido salvar la ciencia de la sinrazón que la arrastraba tras de sí. Y el que esto no sucediese ha sido una de las catástrofes del siglo que termina, o mejor, uno de los semblantes de la larga catástrofe que ha sido dicho siglo» (Encyclopedie des Nuisances, 57).

Tampoco la medicina escapó a esta sugestión de una civilización nacida con la revolución industrial y al fin aceptó integrarse en las tupidas redes de la industria, elevando la salud a la categoría de negocio. Un negocio muy rentable, por cierto. La teoría microbiana, que Pasteur desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, tuvo inmediatas repercusiones en la medicina del momento —especialmente en lo referente a la pasteurización de la leche o sus derivados y a las vacunas y en particular la vacuna contra la rabia— consiguiéndose indudables éxitos en el tratamiento de diversas enfermedades. En un análisis superficial se podría pensar que esa fue la razón de que las teorías de Bechamp, diametralmente opuestas a las de Pasteur, fueran ignoradas. Sin embargo, los motivos fueron mucho más prosaicos e inconfesables. Entre ambas teorías no había posibilidad de un punto intermedio y la fuerza del desarrollo industrial exigía necesariamente una teoría que le suministrase la base necesaria para integrar en la misma al ser humano. Este era el último eslabón de una cadena que sometía la humanidad a los logros de la producción masiva de medicamentos que la librasen del secular peligro de la enfermedad.

Con esto se lograban dos objetivos: por un lado supeditar el ser humano a los avances en la investigación de los laboratorios farmacéuticos, con lo cual se lograba industrializar la enfermedad y por otro despojarle de su condición de ser autónomo, organismo vivo en relación con su entorno, para convertirlo en una máquina, en un mecanismo que al igual que cualquier otra máquina industrial podía ser desmontada y reparada por partes.

«La parcelación médica es, cuando menos, muy cómoda. El especialista que suprime tal lesión, transfiere el testigo al colega correspondiente en el momento en que otra afección sobreviene inmediatamente. De ese modo, todo conocimiento y responsabilidad se diluye en el curso de la transferencia» (Bouan, 74).

Por otro lado, mediante este proceso de industrialización, se convierte a la medicina —y a la ciencia en general— en una técnica y debe, por tanto someterse a los dictados de la misma. «En este autocrecimiento la Técnica hace un llamamiento a la Técnica: en su desarrollo plantea problemas eminentemente técnicos, que por eso mismo no pueden ser resueltos más que por la técnica. El nivel actual incita a un nuevo progreso y este nuevo progreso aumenta, al mismo tiempo, los inconvenientes y los problemas técnicos, además de exigir también nuevos progresos» (Ellul, 98).

O dicho de otro modo: «Todo lo que esta medicina se esfuerza en sanar se agrava y tal aceleración exige la multiplicación de médicos, hospitales, industrias farmacéuticas y el presupuesto de las naciones. Estamos en presencia del descarrilamiento de una locomotora agotada, de la cual muchos prefieren ignorar quién la conduce» (Bounan, 75).

El médico anarquista Isaac Puente, mediante la observación y la experimentación, nos proporciona un valioso método para analizar los trastornos del organismo vivo, intentando no caer en dogmatismos perniciosos. Ante todo, Puente intentó en todo momento huir de apriorismos o prejuicios que dificultaban un análisis sereno de los fenómenos que le interesaba investigar. Fue sobre todo su mirada crítica y sus experiencias clínicas lo que le condujo a modificar de modo radical sus convicciones basadas en la medicina oficial. En un interesante cruce de opiniones con el doctor Fontela de Montevideo afirmaba con respecto a la causa de las enfermedades: «Por mi parte, no había llegado nunca a manifestarme contra el dogma microbiano; pero hace mucho tiempo que no me satisfacía. La clínica y la terapéutica me han proporcionado muchos argumentos en contra, haciéndome dudar de la ciencia de Pasteur. Las ideas del distinguido compañero doctor Fontela, satisfacen plenamente mis dudas, y me proporcionan una convicción en el asunto que voy a tratar de exponer aquí (Puente (a), 10). Su exposición concluye con estas significativas palabras: «Los gérmenes microbianos no deben ser mirados como causa, sino como efecto de la enfermedad. No es a ellos a quien hay que atacar, sino al desequilibrio orgánico, o a la impureza humoral que les brinda condiciones para vegetar (Puente (a), 11).

Insistiendo en este tema, para el doctor Puente de vital importancia, advertía: «Tenemos que reaccionar médicos y público contra este absurdo pánico que sólo estragos ha producido hasta la fecha. Queriendo librarnos de los gérmenes nocivos, hemos artificializado más aún nuestro medio y nos hemos privado también de los gérmenes protectores (...) Hemos topado con dos estupideces: una, la de querer exterminarlos con desinfección y desinfectantes sin hacer nada, porque el medio les fuera

adverso, sino al contrario. Otra, la de librarnos de la infección, haciéndonos la ilusión de que nos apartábamos del microbio huyendo de los enfermos (Un médico rural, 16).

Por ello no se cansaba de denunciar siempre que lo consideraba oportuno los errores de la medicina oficial: «La Medicina se ha metido en una falsa ruta al pretender curar una enfermedad combatiendo solamente al microbio, y sin tratar de reparar en el organismo atacado el trastorno bioquímico primordial. De aquí, la ineficacia de sus remedios, demostrada por el número infinito de los mismos. Pero se ha metido en una más falsa ruta, además, al orientar la Sanidad en el sentido ingenuo de destruir los gérmenes microbianos por medio de antisépticos. Ninguna especie animal es posible aniquilar por tal procedimiento (Puente (b), 16)

Efectivamente no se solucionan los problemas, simplemente ignorándolos o tratando de paliar sus efectos negativos. Tal como sugiere el médico de Maeztu, la única salida posible sería la revolución de las ideas y devolver a la ciencia la independencia que nunca debió perder. Pero a ello se oponen, desde luego, tanto los convencionalismos sociales como una cierta adecuación al orden social establecido, el cual ha conseguido sobre todo que procuremos ignorar aquello que sabemos, porque nos han convencido de lo inútil de cualquier esfuerzo para tratar de resolver problemas que escapan a nuestra capacidad de iniciativa. Para concluir, señalaré algunos de los mecanismos sociales —ya los hemos ido insinuando a lo largo del trabajo— que hacen posible que hechos de tan grave trascendencia, en los cuales estamos todos involucrados, puedan tomar carta de naturaleza y decidir el destino de millones de personas.

Según mi opinión, una de las razones que les sirven de fundamento es la supeditación de la medicina —y la ciencia en general— a la técnica. No cabe duda que ello ha posibilitado la extensión de los conocimientos a todo el planeta, pero al mismo tiempo ha extendido también la posibilidad de la manipulación a gran escala gracias al desarrollo técnico, pero sobre todo ha supeditado a médicos y científicos a los dictados de la industria, la cual no admite —ni puede admitirlo— la más leve vacilación a la hora de tomar una determinación, especialmente si ésta redundaba en beneficio de la misma. Esta pérdida de independencia obliga a cerrar los ojos ante hechos inadmisibles que de otro modo sería inconcebible que pudieran ser tomados en serio, porque de lo contrario se corre el peligro de perder los privilegios y ser condenado al anonimato.

Cómplices necesarios de todo este proceso son los medios de comunicación de masas cuyo servilismo podemos constatar nosotros

mismos. Basta con que nos tomemos la molestia de analizar qué intereses defienden y cuál ha sido su posición en estos últimos años respecto a los problemas que atañen a un amplio número de la población y en el cual están involucrados los intereses de las grandes compañías. Y por último, un importante número de la población que ha hipotecado su autonomía a cambio de mendigar una cierta seguridad y exige respuestas absolutas de forma inmediata. Unas respuestas que sólo existen en su imaginación, pero que los poderes constituidos no dudan en proporcionárselas, aunque las mismas no sean más que absurdos sin sentido.

Todo ello conforma nuestra sociedad, basada en el terror, el miedo y la muerte y sus múltiples combinaciones, y de la cual ha desaparecido prácticamente el espíritu crítico que se ve obligado a refugiarse en las catacumbas para no acabar sucumbiendo bajo el peso de la estupidez. Hace ya tiempo un filósofo de la ciencia escribió en un libro —del que lamentablemente he olvidado la referencia— que «si el error se corrige cada vez que se descubre, el camino del error es el camino de la verdad». Pero se olvidó de explicarnos de qué modo se descubre el error y, lo que es más importante, cómo tenemos que actuar para corregirlo una vez descubierto, especialmente si este error favorece a la industria. Pero además hemos de añadir que las soluciones parciales a cualquier tipo de problema no sólo no lo resuelven, sino que agravan a todos aquellos que se derivan del mismo, haciendo al fin imposible cualquier tipo de solución.

Estamos asistiendo a un proceso muy peligroso que supondrá seguramente un control absoluto sobre la sociedad por parte del Estado y el Capital. Después de ver a la policía de balcón, seguramente los mismos que después aplauden a las fuerzas de represión, el sometimiento del rebaño (así nos han calificado algunos expertos) será casi total. De ser esto así, 1984 de Orwell nos va a parecer una broma macabra.

Paco Madrid

## Bibliografía

Bounan, Michel, Les Temps du Sida, éditions Allia, 1990, 133 páginas

Ellul, Jacques, La edad de la técnica, Barcelona, Octaedro (Límites, 13), 2003, 447 páginas

Encyclopedie des Nuisances, El declive de la ciencia en la era de la manipulación genética, Manía (Barcelona), 7 (julio 2000), 55-64

Puente, Isacc (a), «Los microbios, ¿son causa de enfermedad?», Estudios (Valencia), 94 (junio 1931), 10-11

Puente, Isacc (b), «Una falsa ruta de la medicina», Estudios (Valencia), 96 (agosto 1931), 15-17

Un Médico Rural (Isaac Puente), «Contra el miedo a los microbios», Estudios (Valencia), 115 (marzo 1933), 16-17